Treinta y seis años más anduvieron todavía errantes á orillas del gran lago sin apartarse de él, porque cerca estaba, según su dios, el lugar prometido para descansar. En su dilatada peregrinación trajeron consigo á su dios *Huitzilopóchtli*, y le traían cuatro sacerdotes llamados *teo-mamázques*, ó *tlamacázques*. Cuando llegaron por última ves á *Temazcaltítlan*, que fué el año 1325, eran éstos *Cuahtlequézqui*, *Axolóhua*, *Tlamacázqui* y *Aococálzin*, los cuales tomando en cuenta "las calidades particulares del sitio, la amistad con los tepanecas, es-"tar toda la comarca ocupada por diversas tribus, el cansancio de los "méxica y el estado miserable á que estaban reducidos," determinaron al fin dar asiento definitivo á los apenados emigrantes. Al efecto, se reunieron en consejo y acordaron que los sacerdotes *Axolóhua* y *Cuauhcóatl* saliesen á buscar si por allí cerca estaba el lugar prometido.

Abriéndose éstos paso por entre juncias y cañas, encontraron al fin un corto espacio de tierra enjuta, es decir, una isleta rodeada de una agua verde, tan limpia y diáfana, que parecían sus visos esmeraldas disueltas, y en medio de ella el *tenochtli* ó *nopal*, que había nacido del corazón de Cópil arrojado allí muchos años antes, y en él posada una hermosa águila real, abiertas y tendidas las alas, vuelta su cabeza al sol, disfrutando su calor y en derredor multitud de plumas de muy varios y hermosos colores, despojos de las pintadas aves con que el águila se sustentaba. Pasmados contemplaban aquel hermoso cuadro con el fin de descifrarlo, cuando de improviso desapareció *Axolóhua* sumergiéndose en las aguas. *Cuauhcóatl* después de esperar largo tiempo, considerando la espera inútil, volvió solo á donde estaban los mexicanos aguardándolos, y les refirió lo ocurrido. Perpleja quedó la tribu entera al oir tan extraña nueva: por una parte veía cumplidas las promesas de su divinidad; mas por otra había perdido á uno de sus mejores caudillos, é indecisa, ni quería retirarse del sitio en que se encontraron los signos pronosticados por los oráculos, ni se atrevía á acercarse temerosa de ser sepultada entre las aguas. En esta angustiosa situación permaneció veinticuatro horas completas, cuando apareció *Axolóhua* y les dijo: "No temáis por lo que habéis sabido, "porque aunque es verdad que yo me sumí en el lago en presencia "de *Cuauhcóatl*, fué con particular misterio; porque en lo interior de él "ví á uno por cuyo poder llegué á aquel lugar, que dijo llamarse "*Tláloc* (quiere decir Señor de la Tierra), y me habló de esta manera: "Sea bien venido mi querido hijo Huitzilopóchtli con su pueblo, di-"les á todos esos mexicanos tus compañeros, que este es el lugar don-"de han de poblar y hacer la cabeza de su señorío, y que aquí verán "ensalzadas sus generaciones."[1]

1 De un modo análogo fingieron los griegos que fué fundada la ciudad de Tebas, en la Beocia: fatigado Cadmo de buscar á su hermana Europa, robada por Júpiter, y desesperado de encontrarla, consultó al oráculo de Delfos lo que había de hacer, y éste le contestó: "Cesa de buscar á tu hermana; sigue los pa-"sos de la primera vaca que hallares, y donde ella se pare edifica una ciudad pa-"ra ti y para los tuyos."

Gozosos oyeron los mexicanos la plausible noticia de haber llegado al término de su peregrinación, y pasando del temor á la confianza, no pensaron ya en otra cosa, que en hacer las casas para su morada. Entonces el sacerdote *Cuauhtlequézqui* les dijo: "Hijos míos, ra-"zón será que seamos agradecidos á nuestro dios por tanto bien como "nos hace, vamos todos, y hagamos en aquel lugar del tunal una "ermita pequeña donde descanse ahora nuestro dios; ya que de pre-"sente no la podamos edificar de piedra, hagámosla de céspedes y ta-"pias hasta que se extienda á más nuestra posibilidad." Lo cual oído por todos, fueron de muy buena gana al lugar del tunal, y cortando céspedes, los más gruesos que podían de aquellos carrizales, hicieron un asiento cuadrado junto al mismo tunal para fundamento de la ermita, en el cual hicieron una pequeña y pobre casa á manera de un "humilladero, cubierta de paja de la que había en la misma laguna, "porque no se podían extender á más, pues estaban y edificaban en si-"tio ajeno, que aquel en que estaban caía en los términos de *Atzca-"potzalco* y de *Tetzcóco*, porque allí se dividían las tierras de los unos y "de los otros, y así estaban tan apretados y temerosos, que aun aque-"lla casilla de barro que hicieron para su dios la edificaron con harto "temor y sobresalto." A la redonda del tenochtli, ó tunal y del teocalli[1] comenzaron los moradores á edificar sus pobres chozas, de donde vino á la ciudad el nombre de *Tenochtítlan*, que significa *junto á la tuna ó del nopál*, y vino también que las armas de esta ciudad fuesen un montón de piedras, representativo de la isleta, allí el nopal nacido del corazón de Cópil y sobre él posada el águila tradicional de los aztecas, venerada por ellos como cosa sagrada.

De la culebra nada dicen los historiadores que se ocupan de este suceso; el Padre Acosta afirma que "tenía el águila en las uñas un pájaro muy galano," y pocas líneas abajo añade: "Y sus armas (las de la ciudad de México), é insignia son hasta el día de hoy, un águila sobre un tunal con un pájaro en la una mano, y con la otra sentada en el tunal."[2] Desde cuándo y por qué se le puso una culebra al águila, en verdad no lo sabemos; su origen es muy antiguo, sin que por ningún documento auténtico se sepa ni que fuera parte del oráculo que guió en su dilatada peregrinación á los aztecas, ni que la tuviera en la prodigiosa visión del sacerdote *Axolóhua*. El uso de ella, aceptado por todos y constante en dilatados años, le ha dado tal fuerza y va-

1 Templo, ó casa de dios. De *teotl*, dios y *calli*, casa.

2 Historia natural y moral de las Indias, por el Padre José Acosta. Tomo II, Libro VII, capítulo VII.

lor, que hoy es ya parte esencial del escudo de armas de México.

Por lo que toca á este último nombre que lleva la ciudad, tenemos que averiguar su origen y su aplicación á ella. *Mexítli* era el mismo dios *Huitzilopóchtli;* de esta palabra, como era preciso, se derivaron varias, cambiándoles los accidentes; añadiéndole la partícula *tzin*, signo reverencial, formaron la voz *mexítzin*, para nombrar al jefe principal en lo civil, y añadiéndole *co*, que es signo geográfico, se formó *México*, que quiere decir *lugar del dios Mexítli* ó *Huitzilopóchtli*. En cuanto á la aplicación, los conquistadores comenzaron á usarla desde luego para designar la ciudad, unida á la palabra *Tenochtítlan*, anteponiéndola ó posponiéndola cada uno según su voluntad. Esta práctica duró largos años; todavía se la encuentra al mediar el siglo XVI; pero entonces ya comenzaba á emplearse en algunos casos el nombre de México, sólo para designar la ciudad. Así lo comprueban los instrumentos públicos coetáneos: el primero es el acta de la posesión que dió el Alcalde Alonso de Bazán ante Luis Méndez, escribano real, en 24 de Enero de 1544 al Comendador Juan Baeza de Herrera, de unos solares que compró á Alonso Gómez, cerca del hospital de Jesús, que dice: "En la ciudad de México de esta Nueva España," etc. El otro, seis días posterior á éste, es una escritura de venta que otorgó Juan de Jasso, el mozo,[1] á favor del mismo Comendador Juan Baeza, de un solar en la plazuela de Jesús. En dicha escritura encontramos las dos lecciones, comienza diciendo: "Sepan cuantos esta carta vieren como yo Juan de Jasso, el mozo, vecino de la gran ciudad de Tenoxtítlan México de esta Nueva España, por mí y por mis herederos y sucesores," etc., y en la fecha al pie: "en la dicha ciudad de México residiendo en ella el real de su majestad, en treinta días del mes de Enero, año del nacimiento de nuestro salvador Jesucristo de mil é quinientos é cuarenta y cuatro, testigos, etc."[2] En la segunda mitad del mismo siglo, se fué generalizando el uso exclusivo del nombre México, suprimiéndose el de *Tenochtítlan*.

La causa de esta mudanza, á no dudarlo, fué que la voz México, aunque adulterada ya, es de más fácil pronunciación y escritura que la de *Tenochtítlan*, aquella una vez corrompida se ha conservado fija sin nueva alteración,[3] ésta recibió varias, pronunciándosela y escri-

1 Hubo otro Juan de Jasso, tío de éste, y para distinguirlos al uno se le llamaba el viejo y al otro el mozo.

2 Estos papeles se encuentran en el archivo de la casa del Conde de Santiago de Calimaya, en donde algo he podido leer, por favor del último heredero y actual poseedor de ellos.

3 Ultimamente se ha querido con necia insistencia mudar en *J* la x con que se escribe. Esta mudanza, que por ningún título ni por ninguna razón plausible puede aceptarse, es asunto cuya importancia y naturaleza no le dan cabida en este libro.

biéndosela de muy distintas maneras; uno de los que más la estropearon, hasta desfigurarla enteramente, fué el Conquistador, quien la escribía *Temistitan*, borrando completamente las huellas de su origen y significación.

La fecha que los anales mexicanos fijan á la fundación de Tenochtítlan México, corresponde al día 18 de Julio del año 1325; hasta entonces los *méxica* habían sido una tribu nómada y desgraciada, que había peregrinado como quinientos años, á veces por parajes desiertos de muy diversos climas, á veces por sitios poblados sujeta á distintos yugos y últimamente al de los *tepanecas*. Mas en ellos encontramos un ejemplo que no tiene igual en la historia, y es que un pueblo se haya levantado desde la más humilde servidumbre hasta la más opulenta monarquía, rodeada de enemigos y empeñada en sangrientas guerras, en el corto período de ciento noventa y seis años. Los mexicanos, cuando llegaron á la orilla del gran lago, venían desnudos, comían raíces y sabandijas y morían de hambre, y así vivieron hasta que fundaron su ciudad. Trece años después de esto, en 1338, pueblo ya numeroso y de mediana fuerza, por rencillas domésticas, se dividió en dos fracciones, quedándose la una en donde se encontraba, retirándose la otra, algunos metros al Norte, á otra isla más alta llamada Tlatelolco, erigiéndose desde luego en monarquía y llamando por su rey á *Mixcóhuatl*, hijo del rey de Atzcapotzálco, quien los gobernó sesenta años. Caminando rápidamente los mexicanos por la senda del progreso, el año 1352, es decir, en veintisiete años, pudieron constituirse en una monarquía independiente, y más nobles ó más orgullosos que los tlaltelolcos, nombraron por su primer rey á *Acamapítzin*, uno de entre ellos, y no entregaron su gobierno á cetro extraño. Bajo el prudente reinado de este monarca comenzaron los mexicanos á dar á conocer de lo que eran capaces, de donde resultó que comenzaron también á temerlos y á respetarlos sus vecinos.

Algo más tarde los tlaltelolcos, creyéndose ya fuertes, movieron una rebelión contra los mexicanos; pero el rey Axayácatl logró vencerlos, abolió la monarquía y los incorporó á la corona de México, poniéndoles un Gobernador que quedó bajo su dependencia; y éste fué el origen de los dos grandes barrios llamados *Tenochtítlan* y *Tlatelólco*, en que los españoles encontraron dividida la ciudad. Once reyes gobernaron esta monarquía sin cesar floreciente, el último *Cuauhtemótzin*, á quien tocó hacer la heroica defensa de su ciudad, y á quien cupo la desgraciada suerte de caer prisionero en las manos de Hernán Cortés, el día 13 de Agosto del año 1521, día en que se consumó la ruina del Imperio Azteca con la toma de su capital.

Grande, opulenta, poderosa era la ciudad de Tenochtítlan, cuando la vió por vez primera el Conquistador el día 8 de Noviembre de 1519, pero no fué la misma la que cayó en su poder el día de la pri-

sión de *Cuauhtemótzin*, su mano destructora la redujo á ruinas, y sobre ruinas puso su pendón triunfante. No era ya la matrona hermosa que los españoles habían admirado vestida siempre de gala con sus vistosos plumajes y sus valiosos adornos, no, era la india fatigada de pelear, era la esforzada hija de *Huitzilopóchtli* cuyo último aliento fué empleado en destruir hasta su propio cuerpo, para dejar al vencedor, como únicos despojos de su derrota, ruina, cadáveres y espanto. En efecto, los cadáveres de los combatientes se encontraban insepultos en las calles; las casas, que aun quedaban en pie, totalmente desiertas, ó habitadas algunas por gentes extenuadas y macilentas; los edificios más importantes, reducidos á escombros; en suma, fué tal la destrucción, efecto de la guerra, que algunos escritores han dudado si acaso era la ciudad tan grande como la describen los historiadores del tiempo de la conquista, porque apenas puede concebirse tanto exterminio en los setenta y cinco días que duró el sitio.

Enteramente ajeno al objeto de este libro, sería describir con detención la magnificencia de la ciudad azteca, contando sus numerosos templos, sus bellísimos jardines, sus claros estanques, sus casas de fieras, el lujo de sus reyes, el decoro y esplendor de su corte; todo pasó; la historia tampoco presenta ejemplo de destrucción tan completa; no quedó piedra sobre piedra; Cortés mandó, pocos días después del de su victoria, que saliesen de la arruinada ciudad los pocos moradores que encontró en ella, y él con su ejército se retiró á Coyoácan.

CAPITULO SEGUNDO.

REEDIFICACION DE MEXICO.

Mandaban las leyes españolas á los adelantados, Conquistadores y Pobladores que cuando quisiesen poblar, nombrasen antes un Ayuntamiento, que era el que debía elegir el sitio para la población, atendiendo á que fuese sano, cómodo y ventilado; con agua potable, abundante en materiales de construcción y en mantenimientos; con montes y dehesas para los ganados. Cumpliendo estos preceptos, los Ayuntamientos tenían existencia anterior á los pueblos que representaban, y con el de México se verificó también que nació antes que su ciudad; porque Hernán Cortés, estando en Coyoácan, nombró el Ayuntamiento que había de elegir el sitio para poblar.

Dividiéronse las opiniones proponiéndose diversos lugares; pero ningún regidor quiso el en que había estado la ciudad azteca, y éste era también el sentir de la generalidad de los conquistadores; mas la poderosa voluntad de su caudillo se sobrepuso en esta vez á la del Ayuntamiento y á la de todos, y la ciudad nueva se edificó en el sitio que ocupó la antigua. No es, pues, exacto, como asientan algunos historiadores, *que los conquistadores resolvieron restablecer la antigua ciudad porque tenía la ventaja de comunicarse fácilmente por el agua con sus inmediaciones*, al contrario, de veintidós testigos que declararon en el proceso de residencia que se abrió á Cortés en México el año de 1529,[1] siete nada dijeron sobre este punto, y los quince restantes declararon: *que contra la voluntad de todos Hernán Cortés reedificó la antigua ciudad*, inculpándole enérgicamente por haberlo hecho; y entre las razones que alegaban para disuadirle de su intento, una fué que en cualquiera otro lugar la ciudad estaba más cerca de los montes, pastos y huertas para proveerse de lo necesario. De aquí se infiere que la gloria ó la responsabilidad que resulte de haberse funda-

1 Sumario de la Residencia tomada á D. Fernando Cortés || Gobernador || y Capitán General de la N. E. || y á otros gobernadores y oficiales de la misma || Paleografiado del original por el Lic. Ignacio López Rayón || México tipografía de Vicente García Torres 1852.